

Primera obra teatral sobre la vida de Monseñor Romero presentada en El Salvador

Isabel Cristina Flores*

Introducción

Un grupo de jóvenes actores de la Compañía Universitaria de Teatro de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México (CUT/BUAP), iniciaron un viaje a El Salvador el 21 de abril de 2014 en autobús desde Puebla, cargando en sus mochilas mucho teatro e ilusiones. El motivo era *Romero, el salvador*, la primera obra teatral presentada en El Salvador sobre la vida y muerte de Monseñor Oscar Arnulfo Romero.

Para poder realizar este proyecto se entrelazaron algunas felices coincidencias: el interés del grupo (CUT/BUAP) —integrado por actores universitarios— por llevar a cabo el montaje; la autorización del dramaturgo Carlos Morton, de origen México-Estadounidense; la dirección de la obra por una salvadoreña de origen, Isabel Cristina Flores; y la invitación de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de El Salvador a través de Dinora Cañenguéz.

Queriendo compartir esta experiencia y motivados por su reciente beatificación, se hizo posible la construcción de un puente cultural rebasando fronteras entre tres países: México, EEUU y El Salvador. De esta manera, el 24 de abril de 2014, teniendo como sede la escena del emblemático Auditorio Ignacio Ellacuría de la Universidad Centroamericana (UCA) en San Salvador, se estrenó la obra con un lleno completo.

Inicio del trabajo

¿Cómo llegamos a Monseñor Romero? Conocimos a Carlos Morton a través de la obra *Las muchas muertes de Danny Rosales* en el año 2005. Comenzó el acercamiento a su dramaturgia a partir del tema de la inmigración. Atrajo nuestra atención la manera sencilla de proyectar el mundo de



Foto: Nadia Aldama

inmigrantes latinos en EEUU, el conocimiento del contexto, el lenguaje coloquial, la profundidad humana y sobre todo su peculiar sentido del humor.

Tres años después coincidimos en el VII Congreso Internacional de Teatro Universitario de la AITU/IUTA en Puebla y fue ahí precisamente, después de una lectura en atril de una de sus obras, que Morton nos habló de otra obra de su autoría sobre Monseñor Romero de El Salvador. Primero nos habló sobre la adaptación que hizo el grupo La Fragua (Honduras), que lleva por título *Romero de las Américas*; luego nos envió el texto de la adaptación en español. Faltaba encontrar el momento, faltaba la decisión del grupo; conversamos al respecto, pues no son de nuestra predilección los temas religiosos. Pero brotó una conexión con el personaje y las ideas de la obra, nos decidimos y comenzamos el proyecto. Invitamos a Carlos Morton a la primera lectura de la obra que se dio el 21 de octubre de 2013 en Puebla. La primera lectura, la historia, los nervios del primer encuentro y la conversación con Morton nos motivó desde el primer momento, a comprometernos y llevar a buen fin la tarea.

Durante todo un año investigamos en detalle la vida y obra del llamado “Pulgarcito de América”, el tema de la guerra en El Salvador, el papel de la guerrilla y del ejército, los paramilitares, la situación política, el proceso de pacificación, las recientes declaraciones publicadas en *El Faro*, los testimonios de un partícipe en el asesinato, vídeos, estudios, publicaciones y el

presente salvadoreño, una tarea muy ardua, pero que nos acercó a la esencia de los sucesos.

Comenzamos los ensayos sobre la adaptación, y no fue fácil. El ritmo de la obra nos parecía extraño; las canciones, la secuencia de escenas no coincidían con nuestra visión de todo lo investigado sobre la historia de la guerra en El Salvador y el papel de Monseñor Romero. Le enviamos algunas preguntas al dramaturgo y él nos comentó que tenía el original en inglés, pero que no estaba traducido. Nos hizo llegar por correo el original. Recibimos el texto, lo leímos y encontramos en sus páginas un contexto metafórico-fársico que nos acercaba a nuestra percepción del tema y de la historia. No queríamos un retrato realista. No queríamos acentuar el drama, ni tampoco circunscribir la historia solo en lo religioso; nos interesaba más la dimensión humana de un líder religioso, la trascendencia de sus ideas, sus dudas, sus conflictos, su transformación.

Dos integrantes de la Compañía, Andrea Ballesteros y Tania Álvarez hablan perfecto inglés y se dispusieron de manera voluntaria a asumir la traducción de la versión original. Así comienza este significativo encuentro en el arte entre el pensamiento y la obra de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, un dramaturgo México-estadounidense, su obra original (*The Savior*), que en nuestra traducción se dio a llamar *Romero, el salvador*, y el grupo de teatro universitario mexicano, dirigido por una salvadoreña.

Desde el primer momento impactó nuestros sentidos la magnitud de su pensamiento, la fuerza de sus ideas, su ideal de justicia social, el seguimiento en la acción de la idea cristiana. Resonaba en nuestros oídos su grito de ¡justicia!, repetido cada domingo en sus homilias. Leímos casi todas sus homilias; estos documentos marcan su transformación y la secuencia de hechos que desentrañan el desarrollo de los acontecimientos hacia su muerte.

Otro aspecto interesante sobre este personaje es su personalidad. Sus acciones y su acercamiento a los desposeídos nos muestran la figura de un cura de alto rango. Por otro lado, aspectos tales como su sincero caminar entre la gente humilde, la extrema pobreza en que vivía la mayoría de la población y la resistencia y valentía de la gente en esta terrible situación de violencia y desamparo son reflejados en esta historia. Sus retratos nos hablaban del valor y la trascendencia de su gestión como mensajero de paz, símbolo de esperanza y fortaleza en medio de una situación sumamente conflictiva, clamando por el cese de la represión.

En cada testimonio de vida encontramos una coherencia entre el pensar, el discurso y el hacer y, en retribución manifiesta, la fe que la gente le profesaba.

Nos asaltaba la pregunta, ¿cómo pudo una persona en su posición rebasar los límites de su “papel oficial”? Por eso, en nuestra puesta en escena cedimos mucha atención a sus dudas, conflictos y tentaciones. La obra de Morton nos concedió esta posibilidad en la escena de “Las calaveras” y su acercamiento a la muerte y en la de “El despertar” a la conciencia social. Era importante para nosotros entender la pregunta de Monseñor: “¿cómo sobreponerse a las dificultades?” La extensión de sus conflictos interiores nos ubicó en el contexto para colocarnos en las circunstancias dadas de la obra. Debieron ser tiempos de suma dificultad para rebasar la frontera de lo permitido a un sacerdote de su rango y transgredir el umbral hacia la esencia del mensaje cristiano de paz, justicia, hermandad e igualdad, alejándose de los intereses de los potentados. Estas reflexiones tomaron forma en el proceso de puesta en escena. Nos habilitaron para contar su historia y apoyaron nuestro discurso en este excelso encuentro con el Monseñor Romero “personaje” y con el público de la tierra que lo vio nacer.

Vivencias de los actores:

Rosario: Después de meses de ensayo e investigación sobre la historia de la vida de Monseñor Romero, en abril de 2014 emprendimos una aventura artística a San Salvador.

La primera experiencia con la frontera salvadoreña fue un impacto de voces, ofreciendo frutas, sodas, bolis... calor y carteles de derechos humanos, uno que otro con la imagen de Monseñor Romero. Esta imagen fue mi primer referente de la vitalidad del recuerdo de Monseñor Romero en un país que sueña y anhela una realidad más justa.

Desde nuestra llegada nos impactó el encuentro con una realidad distinta a nuestra acostumbrada cotidianidad poblana en la que a menudo nos sentimos arropados por una alucinada sensación de inmunidad. Estar en El Salvador de inmediato nos ubicó en la viva realidad de nuestra creación en la obra. Al llegar a la Universidad Centroamericana, vimos la imagen de Monseñor Romero en carteles y fotografías y escuchamos de nuestros anfitriones sus percepciones de él como salvadoreños. Lo más valioso para mí en ese momento fue la conciencia social, la claridad de pensamiento y la postura de la gente frente al tema.

Fuimos invitados a ver una obra que presentaba un grupo salvadoreño. Esta experiencia fue interesante por toda la información que a partir de la escena recibimos sobre la identidad, historia, sueños, anhelos y frustracio-



Foto: Nadia Aldama

nes de un pueblo que, igual que nosotros, tiene mucho que decir, denunciar, platicar y vivir.

Visitamos cada uno de los sitios en donde se desarrolla la obra. El asombro de ver, pisar y respirar en una atmósfera histórica a menudo nos oprimía el corazón y nos hacía recordar los parlamentos de la obra. Veíamos en las calles sobriedad y algarabía. Salíamos frecuentemente con la suma precaución recomendada por nuestros anfitriones; caminábamos siempre juntos y atentos. Una tarde que íbamos a la tumba de Monseñor Romero, nos encontramos con un cantor ambulante que contaba la historia de Monseñor. Fue para mí una revelación; escuchaba su canción acompañada por una guitarra y de fondo gritos de aprobación a la letra de la canción. Esta imagen de gente que hablaba, exigía, protestaba, con la voz y con el cuerpo, con energía violenta y con armonía, —en lo que parecía de pronto un concierto preparado y sin embargo había surgido de manera espontánea a nuestro paso— realmente nos impactó.

Ya en la tumba de Monseñor Romero, la atmósfera cambió. Nos encontramos con un lugar sereno, alejado del bullicio. El sacerdote que nos recibió y dirigió a la tumba nos habló con mucha alegría sobre Monseñor y aquellas frases de la obra que habíamos aprendido cobraron vida, resonaron con verdad y adquirieron nuevos matices.



Foto: Nadia Aldama

El último día estuvimos en el Museo de los Mártires de la UCA, un lugar que desde el principio nos intrigó. Nos contaron la historia del lugar, la llegada de los militares, los asesinatos, y al terminar el recorrido, observamos las fotos que testimoniaban los relatos de nuestros guías. Las imágenes eran aterradoras; la violencia, la injusticia, la arbitrariedad, el empoderamiento y el odio en imagen nos causaron estremecimiento y llanto, un llanto luctuoso y silencioso, sin drama. Esta experiencia fue vital para comprender y asimilar la totalidad de la obra y para nutrir nuestros personajes.

Nos sentíamos muy nerviosos, pese a haber presentado la obra en Puebla. Este público, hasta ahora desconocido para nosotros, conocía de cerca la historia del Mártir, del Defensor de los Pobres, del personaje que nosotros íbamos a representar en la escena. Día a día nos nutrimos de nuevas imágenes, sonidos, palabras y sensaciones. Era el momento de asimilar nuestras experiencias, de verificar nuestro proceso, de ver el resultado de nuestra propuesta. La exigencia actoral y el entrenamiento diario era mucho; debíamos asimilar de manera rápida nuestras vivencias y ponerlas a disposición del proceso creador. Las visitas realizadas a los lugares históricos y el entrenamiento físico fueron vitales para lograr estar conectados en escena, para escucharnos, para “estar en escena”.

Al finalizar las presentaciones, siempre tuvimos visitantes que subían al escenario y nos compartían su recepción de la obra. También algunos de los presentes nos comentaron las vivencias de quienes tuvieron trato con los personajes de la historia. Nos preguntaban: ¿Cómo habíamos llegado a hacer tal o cual gesto de determinado personaje? y ¿cómo habíamos llegado a saber con tanta exactitud algunos rasgos de sus personalidades? Estos cuestionamientos del público nos permitieron valorar la importancia de la investigación en el trabajo creador, ya que indudablemente se fortalecía con el sustento del resultado escénico. Este tipo de experiencias nos alienta y nos responsabiliza en mayor grado con el entrenamiento constante y la exploración para lograr mejores propuestas estéticas. En nuestra visita encontramos la validez de una historia que palpita en la conciencia colectiva del pueblo salvadoreño, un pueblo que llama a la hermandad entre todos los pueblos de Latinoamérica.

Coral: “Impactante” es la palabra que define todo aquello que viví en la gira a El Salvador. Sería la cuarta ocasión de encuentro con aquella tierra cálida, pero esta vez parecía como si hubiese sido la primera. Quizá porque ahora la observé con una mirada más profunda, tanto, que fue imposible no sentir dolor por el sufrimiento del pueblo salvadoreño y al mismo tiempo sentir admiración.

Primer impacto: La frontera. Dos fronteras nos separaban de nuestro destino. Viajamos 24 horas, primero al sur de México. En Tapachula, Chiapas, abordamos el autobús que nos llevaría a El Salvador, cruzando por Guatemala. El calor se intensificaba mientras “agentes de la migra”, algunos armados, nos daban indicaciones, todos con la misma expresión en sus voces y rostros, sin importar si fueran mexicanos, guatemaltecos o salvadoreños; ninguno da confianza. Me sobrecoge un deseo enorme de terminar rápido con los trámites para continuar el camino. Al cruzar el puente vemos a unas personas cruzando el río. La curiosidad hace que paremos a ver el espectáculo, pero una voz nos advierte, “sigan, no se detengan, no tomen fotos”. Seguimos sin parar y pronto somos apabullados por vendedores que abanicán su calor con fajos de billetes, al mismo tiempo que anuncian sus servicios de cambio: dólares, pesos, quetzales. “Sigan, no se detengan”, advierte nuevamente la voz. En la oficina todo es puro trámite; luego de un cuestionamiento para pagar el derecho de cruce de frontera, finalmente asientan el sello. Ahora podemos continuar.

Para regocijo nuestro, nos acompaña el resto del camino un hermoso paisaje, lleno de vegetación por donde desfilan todos los verdes habidos y

por haber. De entre ellos sobresalen los colores de diversas mariposas, flores, pájaros y tucanes. La temperatura cálida, el acento distinto y el amable trato de la gente nos anuncian que finalmente hemos llegado a San Salvador.

Segundo impacto: Los estudiantes. En la reunión que sostuvimos con los estudiantes de diversas facultades de la Universidad Centroamericana, uno de los chicos comentó:

Nunca nadie había escrito una obra de teatro sobre el Padre Romero y sobre estos acontecimientos que consideramos marcaron la historia del pueblo salvadoreño. Nos da mucha curiosidad que sea un estadounidense quien se interese en este hecho y sobretodo nos intriga saber cómo mira él nuestra historia, ¿cómo la comprenderá o no y cómo la interpretarán ustedes como mexicanos? Estamos agradecidos con Carlos Morton y con ustedes por esto que hacen. Ningún salvadoreño ha hecho esto, llevar la historia de lo sucedido en El Salvador al teatro. Estamos ansiosos por verlos. Nosotros comentamos que en realidad también estábamos agradecidos con Carlos Morton por recuperar la historia de Monseñor Romero y por dar voz a muchos, no sólo sacerdotes, sino luchadores sociales que día a día buscan la paz. En México, Samuel Ruiz, un sacerdote y obispo en San Cristóbal de las Casas, defensor de los derechos de los pueblos indígenas de Chiapas, tomó fuerza tras lo sucedido en Acteal (masacre que aún duele a los mexicanos). Él continuó su lucha hasta su muerte en 2011. En la dramaturgia de México también existe la ausencia del tema "Samuel Ruiz".

Sus jóvenes rostros se iluminaban cada vez que hablaban de la historia que no atestiguaron, pero que viven por consecuencia y que conocen gracias a sus padres, abuelos y maestros. Compartí con ellos el hallazgo de este montaje y, mientras consultábamos videos documentales donde hablaban mujeres guerrilleras, sobrevivientes de aquella época, sentí que nos daban una gran lección de valor y determinación ante la causa que defendían. A pesar de la represión que sufrieron, permanecieron inquebrantables ante cada hecho e incluso tomaron fuerza para continuar con la lucha.

Comprendí el porqué del carácter férreo, de la gran fortaleza para decir, defender y hacer las cosas de mi maestra, salvadoreña de nacimiento y nacionalizada mexicana. Toda esta energía que veo en la Dra. Cristina, ahora la reconocía en cada uno de los salvadoreños; está en su ADN.

Tercer impacto: "él que lo mató". Los alumnos nos condujeron a un costado de la universidad donde se encuentra el museo dedicado a los "Mártires



Foto: Nadia Aldama

Jesuitas” y a Monseñor Romero. En la entrada se exhiben fotos del Padre Romero celebrando la Eucaristía, donde se deja ver la enorme audiencia que tenía. Comentamos todas las fotos; no faltaba el que emocionado quisiera compartir algún hallazgo en alguna de ellas. De pronto, me topé con la fotografía más dolorosa de ese muro. La imagen me congela, mi rostro se transforma, enmudezco, la respiración se torna cada vez más acelerada, algo oprime mi pecho, la visión se nubla y un líquido se desborda por mis mejillas en forma de gotas muy redondas. Ahora la visión es muy clara, pareciera como si la foto estuviera viva. En ese momento soy testigo del asesinato del Padre Romero. Imagino escuchar los balazos. Él está tendido en el suelo, ensangrentado. Lo sostiene una monja y a su alrededor cuatro personas más, con expresiones que van desde la más dolorosa incredulidad, hasta el llanto más desgarrador. En todos se advierte un vacío profundo. Una voz me llama, hace algún comentario, pero se corta en seco. Siento una presencia detrás de mí y luego una respiración. Hago un esfuerzo por salir de mi perplejidad, volteo, y me encuentro con el rostro de una de mis compañeras. Tiene la misma expresión que seguramente tenía yo hace un momento. Esperé unos segundos hasta que pudiera parpadear, luego comenté: “tú también fuiste impactada por la foto”.

Continuamos el recorrido por el museo y nos llevan a una casita, pasando primero por un jardín. El corazón se acelera; es la casa donde vivían los jesuitas que fueron brutalmente asesinados en tiempos de la guerra. Nos muestran exactamente donde fue asesinado cada uno de los sacerdotes. Nos comentan que los cadáveres —o lo que encontraron de ellos— fueron exhibidos en el jardín. Para finalizar el recorrido vamos a un salón donde nos muestran fotos de los cuerpos masacrados. El silencio reina entre nosotros, y el llanto es el común denominador.

Cuarto impacto: “La comunión con el público”. Tres fueron las funciones que dimos en la Universidad Centroamericana (UCA), la primera a estudiantes de secundaria. Creíamos que sería un público difícil, que no conocerían la historia, y que las casi dos horas que dura el montaje sería mucho para ellos. Para sorpresa nuestra, fue todo lo contrario; los chicos estaban perfectamente enterados del tema, siguieron la historia de principio a fin. Todo el tiempo los sentimos conectados; incluso se les escapaba una que otra onomatopeya y hacían grandes silencios en los momentos más álgidos.

La segunda función fue para público general y la respuesta fue muy buena. Familias enteras fueron a ver la obra, llegando con niños chiquitos.

Lo supimos porque en el momento de la muerte de Monseñor se escuchó un llanto de niño que decía “¿Por qué mamá, por qué lo matan?, no quiero que lo maten!”

La última función fue para estudiantes de un colegio privado, algunos de ellos hijos de militares. La directora tuvo a bien decirnos esto al final de la presentación. Entendimos entonces por qué en esta presentación sólo hubo silencio, silencio profundo, silencio de aceptación y reconciliación. En las tres presentaciones nos aplaudieron mucho y les aplaudimos en un conocimiento y reconocimiento fraternal, de México para El Salvador y de El Salvador para México y en conjunto uno más sonoro para Morton, con toda nuestra gratitud.

Valentín: En el camino entre la ciudad de Puebla y la ciudad de San Salvador, me impresionó la calidez del público salvadoreño. Fueron tantas las emociones recibidas que cuando visitamos la cripta de Monseñor Romero, las lágrimas simplemente rodaron de los ojos; no podíamos creer que estuviéramos en su ciudad, al lado de él. No hay ninguna diferencia de tiempo; su mensaje era claro en cada sermón y nosotros en cada función tenemos la responsabilidad de llevar el mensaje de Monseñor a este público que no ha dejado de creer en él, así como él creyó en ellos.

Amauri: Mi estancia en El Salvador fue una gran experiencia. Conocer un poco de su historia, de su forma de vida, su ubicación geográfica y social, fue muy interesante. La visita que hicimos a la tumba de Monseñor Romero, en la cripta bajo la iglesia, es algo que te deja impactado; la energía es muy fuerte y el clima muy frío. Ver su tumba en vivo impactó todo mi ser. Ya la había visto antes en fotos, pero estar frente a la tumba de Monseñor Romero es algo que me dejó sin palabras. Poder observar la estructura, el rostro de Monseñor, los cuatro monjes, es algo que no podía creer.

Cuando comenzamos el montaje, puedo decir que no entendía muchas cosas. No conocía mucho del tema. Vimos la película “Voces inocentes” y leímos mucho, pero fue solo con el paso de los días, con el trabajo y finalmente con nuestra llegada, que pude comprender un poco más de la historia de El Salvador. En la presentación de la obra en la UCA fue hermoso ver a la gente recordar su historia y confirmar que aún tienen a Monseñor en sus corazones. Me siento contento de haber podido presentar una obra de la historia salvadoreña siendo mexicano y que ese trabajo le haya gustado a la gente de El Salvador. Recuerdo que al término de cada función la gente se nos acercaba para agradecer la presentación de la obra. Muy motivados

nos platicaban sobre Monseñor o los demás personajes que aparecían en la obra; nos daban detalles y observaciones de cada circunstancia y suceso. Por último, lo más impresionante fue visitar el Museo de la UCA, ver los objetos personales de Monseñor y fotografías de la guerra. Entrar en un lugar donde había mucha gente muerta fue tan fuerte, que recordarlo me pone la piel eriza.

Hay cosas que tal vez no pudieron evitar los salvadoreños, pero yo vi mucha hermandad; suelen protegerse entre todos, o al menos eso me pareció a mí. Puedo decir que me quedo con algo hermoso de ese grandioso país y espero volver a visitarlo.

Tres presentaciones con un lleno total, una gran experiencia de vida y muchos recuerdos que compartir. En estas vivencias se traduce nuestro ¡Despertar a Monseñor Romero!

Notas

*Isabel Cristina Flores: Directora, pedagoga e investigadora de teatro; Directora de la Compañía Universitaria de Teatro (CUT/BUAP) y Docente de la Escuela de Artes, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México; Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte en México.

Colaboradores: Dora Aldama, Rosario Villarauz, Coral Alarcón, Valentín Rosas, Amauri Sánchez, Tania Álvarez, Andrea Ballesteros.